

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Judith De la Torre Rendón

“Manuel Rivera Cambas”

p. 295-312

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MANUEL RIVERA CAMBAS

JUDITH DE LA TORRE RENDÓN*

DATOS BIOGRÁFICOS¹

El 29 de abril de 1840 nació Manuel Rivera Cambas en Jalapa, Veracruz. Fue hijo de Francisco de Paula Rivera y Manuela Cambas. Nació y creció en el seno de una familia acomodada, pues don Francisco de Paula heredó los intereses comerciales de su padre, quien había llegado a Veracruz, procedente de Galicia, a mediados del siglo XVIII. Esta buena posición económica le permitió al joven Manuel realizar sólidos estudios en instituciones que tuvieron gran importancia educativa durante el siglo XIX. En primer lugar, sabemos que en sus primeros años de adolescente estuvo inscrito en El Colegio Nacional de Jalapa, que había sido fundado por su tío Antonio María de Rivera. Una vez concluidos estos estudios ingresó, a los 16 años, en la Escuela de Minería, situada en la ciudad de México. Su formación en ambas instituciones se vio enriquecida por el cotidiano contacto académico con intelectuales de la talla de Julio Zárate y José María Roa Bárcena en su ciudad natal, y con científicos como Francisco Díaz Covarrubias, célebre profesor de astronomía y topografía en la capital.

La influencia de sus maestros debió delinear su personalidad y, en gran medida, nos explica las actividades que desarrolló a lo largo de su fructífera y larga vida. Por un lado, los dos primeros, escritores de textos históricos, entre otros más, debieron despertarle el interés por el pasado

* Doctoranda de El Colegio de México.

¹ Escasas son las obras de carácter diccionario-enciclopédico-biográfico que registran datos sobre la vida de Manuel Rivera Cambas. Éstas son: *Enciclopedia de México*, México, Instituto de la Enciclopedia de México, 1966, Enrique Cárdenas de la Peña, *Mil personajes en el México del siglo XIX (1840-1870)*, México, Banco Mexicano Somex, 1979, v. III. Además pudimos obtener informes tanto en el prólogo de Leonardo Pasquel como en el estudio bibliográfico de Rivera que realizó Jorge Denegre Vaught en M. Rivera Cambas, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*, México, Academia Literaria, 1962. De igual manera, para la reconstrucción de su vida son importantes los comentarios de Martín Quirarte en *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1970.

y su reconstrucción; de ahí su vocación por el quehacer historiográfico, mientras que Covarrubias lo condujo en su inquietud por resolver problemas técnicos y en dar respuesta a interrogantes científicas, en el campo de la ingeniería.

Los primeros frutos de su formación los encontramos en esta área. A los 20 años empezó a redactar y editar artículos de carácter técnico, los cuales fueron publicados en revistas como *Anales mexicanos de ciencias, literatura, minería, agricultura, artes, industria y comercio en la República Mexicana*. Cabe referir que el primero de ellos se tituló “Trabajos sobre ferrocarriles atmosféricos”. Aún más, debido a sus altas calificaciones y sin haber obtenido el título profesional, fue designado profesor interino de mecánica racional.

Ante la efervescencia producida por la Intervención Francesa, Rivera Cambas decidió, al igual que otros de sus compañeros, alistarse en el ejército y combatir al invasor. Sin embargo, por sus conocimientos en materia de ingeniería fue trasladado a las minas de Real de Pachuca con el objetivo de hacer prácticas de metalurgia. Es evidente que esta experiencia le sirvió para presentar en el año de 1864 la tesis “Memoria sobre el mineral de Pachuca” y, en consecuencia, recibirse como ingeniero de minas y beneficiador de metales.²

Si bien con su ofrecimiento al gobierno juarista para combatir a los enemigos de México, nuestro personaje se perfila como un liberal defensor de las instituciones republicanas, al momento de la instauración del gobierno imperial de Maximiliano colaboró con él, tal y como lo hicieron muchos mexicanos no sólo adscritos al partido conservador-monarquista sino también de tendencia liberal moderada. Durante esta etapa fungió como presidente de la comisión encargada de abrir pozos artesianos en Yucatán, que permitirían abastecer de agua a la península, labor que conjugó con la instalación del telégrafo electromagnético en la misma región. Quizá la razón de su adscripción a este gobierno la podamos encontrar en el discurso que pronunció el 6 de diciembre de 1863 en la distribución de premios de la Escuela Imperial de Minas. En él aflora la búsqueda, iniciada desde la proclamación de la Independencia, de la mayoría de los intelectuales mexicanos por alcanzar la paz que condujera a la nación al nivel de otras naciones del mundo, en que el espíritu del siglo, el progreso, irradiaba la vida política, social, económica, científica y cultural. Así, pues, Rivera Cambas declaró ante la Regencia:

² Esta tesis fue publicada en México por la imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante en el mismo año en que se presentó.

La felicidad de nuestro país será el resultado de desterrar de entre nosotros ese espíritu de contemplación; necesitan las ciencias ser protegidas y fomentadas, pero no a medias, pues únicamente se ha limitado la protección a establecer colegios donde se aprenda la teoría y hacer que los jóvenes tengan un título: la protección que un gobierno ilustrado debe prestar a los científicos ha de ser más amplia como felizmente lo ha comprendido el que actualmente nos rige, quien debe tener mucha satisfacción al ver empleados alumnos de éste y otros colegios en el camino de fierro que va a establecer la comunicación entre ambos mares: aquí comenzamos a palpar las ventajas de las ciencias aplicadas que dan no sólo prosperidad en el interior sino respetabilidad en el exterior, proporcionan trabajo a miles de individuos evitándoles la ociosidad, hacen desaparecer la guerra civil, introduciendo la paz en el Estado y la familia. Y los hombres que influyen para que las ciencias se apliquen y produzcan esos bellos resultados, salvando a su país de la guerra civil y a sus compatriotas de la miseria, son los hombres más grandes, las figuras más prominentes del género humano, y su memoria quedará grabada en el corazón de los pueblos más fuertemente que en el mármol y en el bronce. Supremo Gobierno el país espera de vuestra protección a las ciencias los beneficios de que he hablado...³

Al término de su labor en la península de Yucatán viajó a Europa con el propósito de profundizar más en su especialidad en Francia y aprovechó el viaje para conocer España e Italia. En 1868 retornó a México y un año después fue propuesto por Ignacio Ramírez, Manuel Payno y Jesús Flores Muñoz para ingresar en la Sociedad de Geografía y Estadística e inmediatamente se convirtió en corresponsal en Veracruz de la Sociedad Mexicana de Historia Natural. No hay que olvidar que posteriormente fue miembro también de la Sociedad Mexicana de Minería y de la Academia Mexicana de la Historia.

Con la adscripción a estas instituciones se hace evidente que a partir de estos años se inclinó más la balanza hacia la otra vocación de don Manuel: la del intelectual abocado a cuestiones políticas, sociales y culturales. De esta inquietud y de su interés por rescatar, relatar y difundir lo propio, los hechos históricos de la tierra natal, emergió de su pluma la *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz*, que apareció por entregas entre 1869 y 1871 y que conformó cinco gruesos volúmenes. La obra abarca desde el acaecer de los primeros pobladores hasta la entrada de Juárez a la capital en 1867.

³ Cit. pos. Jorge Denegre Vaught, "Apuntes para una bibliografía de Manuel Rivera Cambas", en R. Cambas, *op. cit.*, p. CCIX-CCX.

Una vez concluida esta publicación, el prurito historiográfico de Rivera se desbordó por completo, pues a esta obra siguió otra de carácter biográfico. Así, pues, entre 1872 y 1873 editó dos tomos de *Los gobernantes de México. Galería de biografías y retratos de los virreyes, emperadores, presidentes y otros gobernantes que ha tenido México desde don Hernando Cortés hasta el C. Benito Juárez*. A esto se sumó en el mismo año de 1873, la *Cartilla de historia de México para uso de las escuelas de la república*, texto escolar que fue reeditado en diversas ocasiones (1878, 1881, 1893 y 1907).

En 1874 apareció el *Atlas y catecismo de geografía y estadística de la República Mexicana*, que si bien es un documento de carácter geográfico no dejan de registrarse en él datos históricos; sobre todo, Rivera presenta una breve descripción histórica al momento de hablar de cada uno de los estados de la república. Cabe mencionar que esta obra fue traducida al inglés por el editor A. L. Bancroft. Un año después salió a la luz la *Historia de la reforma religiosa, política y social en México*. Su objetivo consistió en "... estudiar la marcha que en México han seguido las clases privilegiadas, ya sobrepuestas a la autoridad civil, ya tendiendo a dominarla; a analizar la lucha entre las ideas que han venido progresivamente y los principios en que reposa la sociedad..."⁴ Por desgracia la obra está inconclusa, pues sólo toca lo relacionado a la época colonial y deja de referir los acontecimientos posteriores a la Independencia de México.

Pero como no sólo de escribir historia decidió vivir don Manuel, fundó en 1876 el periódico conocido como *El Combate* y, además, en 1877 se dedicó de lleno a la política, al ser electo diputado al Congreso de la Unión por Jalapa. Antirreeleccionista de corazón, a través de dicho órgano se opuso, por un lado, a Sebastián Lerdo de Tejada ante sus pretensiones para repetir su mandato presidencial y, por otro, difundió el Plan de Tuxtepec que sostenía Porfirio Díaz, a quien brindó todo su apoyo. Sin embargo, aquella firme convicción lo llevó a criticar, tanto con el arma periodística como con el discurso parlamentario, al propio Díaz, cuando sus actos políticos ya no coincidieron con el programa que lo había colocado en la presidencia de la república. Frente a la decepción del camino que había tomado el gobierno porfirista abandonó la política y cerró *El Combate* en 1880 para dedicarse de tiempo completo a la ardua faena historiográfica. Esta actividad pudo realizarla sin presiones económicas, a pesar de que tenía que sostener a trece hijos, gracias a que recibía dividendos como socio de la Compañía de Minas de San Rafael.

⁴ *Cit. pos.* Denegre, *op. cit.*, p. LXV-LXVI.

Bajo estas circunstancias redactó y concluyó una de las obras que se convertiría posteriormente en un clásico de la historia de la cultura mexicana; nos referimos a *México pintoresco, artístico y monumental. Vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica*, que consta de tres tomos y que publicó entre 1880-1883. El mismo ritmo de trabajo derivó en la edición de otros tres tomos entre 1888 y 1895 sobre la *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo*. Al parecer ésta fue la última producción de su magna empresa, debido, muy probablemente, a las cataratas que nublaron su vista. Finalmente, el 17 de febrero de 1917, a los 77 años de edad, murió en la ciudad de México.

OBRA HISTORIOGRÁFICA

Edición, motivaciones y estructura

Ante la inmensa extensión de la obra histórica de Manuel Rivera Cambas y por falta de espacio, nos vemos obligados a delimitar el presente análisis historiográfico a uno de los documentos más importantes para el estudio de las intervenciones en México durante el siglo XIX, y que al igual que el *México pintoresco, artístico y monumental* es estimado como un clásico. En efecto, la *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano de Habsburgo* ha cobrado un gran interés para muchos, y así lo prueban las tres ediciones que de ella se han hecho.

Como ya habíamos señalado anteriormente, esta obra comenzó a publicarse en 1888 “por entregas en folletines de seis páginas cada uno”.⁵ El conjunto de folletines conformó el primer volumen, que fue encuadernado por Aguilar e hijos; el segundo fue impreso en 1890 por esta misma casa tipográfica mientras que la edición del tercero y último, en 1895, corrió a cargo de T. González Sucesores.

La segunda edición fue realizada por la Editorial Academia Literaria entre 1961-1962 como parte de la Colección Reforma e Imperio. En 1987, el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana publicó con carácter facsimilar la tercera edición de los tres volúmenes.

⁵ José Luis Barros H., “Prólogo”, en Manuel Rivera Cambas, *Historia de la intervención europea y norteamericana en México y del imperio de Maximiliano*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987, t. 1, s. p.

¿Pero, cuáles fueron los motivos que condujeron a Rivera Cambas a diseñar y escribir tan extensa obra? Es bien sabida la profunda preocupación que tuvieron los creadores decimonónicos de la historia por asentar la verdad de los acontecimientos. En particular, en México, la constante inestabilidad provocada por los continuos y a veces interminables enfrentamientos entre liberales y conservadores obligó a éstos a difundir obras históricas sobre los sucesos inmediatos y de esta forma justificar las acciones de cada partido. Sin embargo, una vez que, durante el Porfiriato, los conflictos terminaron y, por ende, se consolidó la paz nacional, volvieron a abordarse temas tan escabrosos como lo fueron la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano. Es innegable que el objetivo de los documentos resultantes ya no consistió en despertar viejas pasiones, sino más bien explicar las actuaciones de los protagonistas republicanos e inclusive monarquistas. Asimismo, los autores de estas obras estuvieron convencidos de que la lejanía en el tiempo permitía presentar con mayor objetividad los hechos ocurridos más de veinte años atrás. Estos mismos motivos fueron los que hicieron que don Manuel emprendiera su laboriosa faena. A estos móviles se sumó su convicción de que podía elaborar un buen discurso histórico al haber sido testigo ocular de los acontecimientos así como haber recopilado un valioso y cuantioso acervo documental sobre el tema seleccionado.

Si bien el objetivo de la obra se concentra más que nada en referir lo acontecido durante la Intervención Francesa y el imperio, Rivera pretendió localizar los antecedentes de estos sucesos en lo más recóndito del proceso histórico mexicano del siglo XIX. De esta forma otro de los factores que influyeron en su realización historiográfica fue mostrar cómo la escisión entre liberales y conservadores había ocasionado acontecimientos tan drásticos como las intervenciones extranjeras. Las siguientes palabras son muy elocuentes al respecto: "... la exacerbación de las pasiones políticas, que trajeron los hechos y las catástrofes que se registran en las páginas de nuestra moderna historia".⁶ Consideró que esta situación había impedido alcanzar la prosperidad de la nación, por lo que su interés también radica en un compromiso para con la patria, como a veces la llama, para mostrar a los mexicanos el camino que se debía seguir rumbo al progreso, cuya preocupación por consolidarlo imperaba en el ambiente del Porfiriato.

Precisamente estructuró la obra con base en estas inquietudes. Los tres tomos en que está dividida giran alrededor de acontecimientos que reflejan cómo aquellas luchas hicieron vulnerable a México ante el

⁶ Rivera Cambas, *op. cit.*, t. I, p. 44.

exterior, y cómo el proyecto monarquista de los conservadores alimentó las ambiciones europeas para intervenirlo. Así, pues, tras presentar el surgimiento de la idea monárquica en nuestro país, el primer tomo, dividido en tres partes que integran en conjunto 30 capítulos, se centra en describir invasiones como la española en 1829 y la norteamericana en 1847, la guerra de Texas, la sublevación y los intentos separatistas de Yucatán, las dificultades diplomáticas con países como España en 1857, al tiempo que refiere los preámbulos de la intervención tripartita, el retiro de las tropas inglesa y española, y concluye con una reseña de la batalla del 5 de mayo.

El segundo tomo está compuesto por dos partes, cuarta y quinta, que agrupan 27 capítulos en total. Éstos se ocupan, principalmente, en registrar todo lo relacionado con la Intervención Francesa, como sus fines y propósitos, los enfrentamientos militares, el desplazamiento republicano por el norte del país, la actitud de Estados Unidos frente a la intervención. En particular, la última parte de este tomo narra los aspectos más importantes de la política imperialista de Maximiliano así como su avance por el interior de la nación, sin dejar de subrayar la resistencia guerrillera que encontró a su paso. Finalmente, el último tomo, también dividido en dos partes, quinta y sexta, e integrado por 19 capítulos, está dedicado a la decadencia del imperio y el fin de la intervención extranjera.

Su concepto de la historia y su método

Como en la mayoría de los casos de los historiadores mexicanos del siglo XIX, definir la corriente historiográfica que influyó en Manuel Rivera Cambas es difícil. A veces en su obra podemos encontrar brotes providencialistas cuando declara, por ejemplo, a la sociedad mexicana con “los más ricos dones que la Providencia hubiese dotado a un pueblo”.⁷ Sin embargo, esta concepción que considera a la providencia como motor de la historia de la nación mexicana se conjuga con una idea del progreso. Es decir, aflora cierto determinismo al estimar que el camino histórico debe conducir a la paz y la prosperidad.

De ahí que en su texto se aboque, por un lado, a mostrar cómo la inestabilidad que sufrió el país durante la mayor parte del siglo XIX obstaculizó este camino y, por otro, a criticar los actos violentos como los cometidos por las tropas francesas en Tlacotalpan, pues atropellaron “todas las garantías sociales, todos los derechos que la civilización y el

⁷ *Ibid.*, t. I, p. 5.

progreso han venido conquistando a través de los siglos para beneficio de la sociedad".⁸

Rivera fue muy consciente de la causalidad en la historia, por lo que al momento de presentar los acontecimientos no se limita a reportar, en exclusiva, las causas internas que desencadenaron el malestar nacional, sino que entrelaza y registra todos aquellos elementos que influyeron en nuestro devenir. Las constantes referencias a la política seguida por el gobierno norteamericano o la actitud de Europa respecto a México así lo ratifican, e inclusive alude y compara el proceso de México con el contexto que vivían otros países de América Latina. Además, como ya habíamos señalado líneas arriba, busca los antecedentes más remotos, guiado por su interés en dejar bien claros los factores que provocaron determinado suceso. En consecuencia, aunque es obvio que la *Historia de la intervención* no tiene un carácter de historia general sino monográfico, el influjo de la difusión de este tipo de obras en su momento, que guardan el sentido de monumental, recayó sobre él y pretendió, en la combinación de causas internas y externas, realizar una historia integral; una historia, insistimos, que agotara todos los elementos relacionados con el tema. Cabe mencionar que el carácter colosal en el quehacer historiográfico de don Manuel ya se había manifestado en sus producciones anteriores.

Es evidente que Rivera, en persecución de la verdad, se propuso ser un historiador imparcial, pues asentó con mínimos comentarios y escasas críticas las acciones tanto de monarquistas como de republicanos a la par que les brindó la misma atención cuando resumió cada uno de los proyectos nacionales que defendían. Al referirse a las ideas monárquicas fue consciente de que este tipo de gobierno formó parte del pasado mexicano, por lo que comienza la obra diciendo:

Gobernado México durante muchos siglos por monarcas indígenas o extranjeros, la idea monárquica luchó para no desaparecer entre nosotros completamente, sin que bastara para destruirla el solo hecho de haber triunfado la revolución por la Independencia.⁹

Inclusive agrega más adelante que "no solamente en México, sino en todas las que fueron colonias españolas, estaba generalizada la idea monárquica".¹⁰

Sin embargo, la convicción en un determinismo histórico que conducía a México hacia la paz y el progreso lo llevó a sostener, entre

⁸ *Ibid.*, t. II, p. 698.

⁹ *Ibid.*, t. I, p. 5.

¹⁰ *Ibid.*, t. I, p. 8.

líneas, que el sistema que garantizaba este proceso ascendente así como la libertad de la sociedad era el republicano; no obstante haber ocasionado, en los primeros momentos de su erección, problemas a la nación. La siguiente cita refleja, en gran medida, esta concepción:

El partido monarquista no comprendió o no quiso reflexionar en que algunos años después de la Independencia mexicana habían variado tanto las condiciones de la nación, que ya era inoportuno remover combinaciones de esa especie, pues las que fueron colonias de España, modificando cada vez más sus deseos, acabaron por refugiarse unas tras otras en el sistema republicano, aunque con esto viniera el mal de las divisiones interiores y de las intrigas en el extranjero, principalmente por parte de los Estados Unidos.¹¹

Cabe insistir en este punto que, a pesar de que vio con recelo la influencia de la política norteamericana en nuestro país, sostuvo que tal y como lo demostraba la historia de Estados Unidos, éste había alcanzado un nivel muy importante en la historia. De tal forma que asienta con efusividad:

Con la República prosperaron los Estados Unidos, salvando de un salto el paso entre la infancia y la juventud, y llegaron sin fatiga a la virilidad, alcanzando en menos de un siglo el inmenso desarrollo de población, ¡pues llegaron de tres millones a cuarenta! Uniendo el espíritu de asociación al respeto del individuo, apoyándose en creencias sociales y religiosas, han fundado la alianza entre la igualdad y el derecho, entre la democracia y el orden.¹²

Si los monarquistas y los republicanos estaban involucrados en este proceso de selección del régimen que definiera a la nación, en definitiva los hacedores de la historia son los hombres, sobre todo aquellos que destacan por sus pensamientos, palabras o actos. Ya en los *Gobernantes de México*, Rivera Cambas mostró esta concepción al enfocar el relato histórico en la vida, principalmente pública, de aquellos que han tenido las riendas de la nación a partir de Hernán Cortés. En este sentido, a lo largo de la *Historia de la intervención* es común observar, por un lado, la gran cantidad de retratos que ilustran el texto, en comparación con las escasas litografías sobre monumentos, construcciones o paisajes, y, por otro, cómo se detiene ante las acciones de determinados personajes como Santa Anna, Benito Juárez, Porfirio Díaz, etcétera, a los que se suma una infinidad de nombres extranjeros

¹¹ *Ibid.*, t. I, p. 13.

¹² *Ibid.*, t. I, p. 28.

que estuvieron involucrados con nuestra política nacional, entre otros: Napoleón III, Maximiliano y Carlota, el presidente Buchanan de Estados Unidos, el diputado francés Julio Favre.

Cabe insistir que en la mayoría de los casos en que se refirió a los principales protagonistas procuró emitir juicios imparciales; aunque a veces se le escaparon frases irónicas dirigidas a Santa Anna por resoluciones tomadas, o adjetivos halagadores por la tenaz resistencia de Juárez ante el enemigo imperial. Inclusive cuando Rivera asentó que Favre “atacó con gran vehemencia y con afluencia de razones sólidas la política seguida por el gobierno imperial, a pesar del terrible despotismo ejercido en Francia”,¹³ se trasluce cierta admiración por el diputado, pues éste cuestiona la política expansionista de Napoleón III y, por ende, defiende la integridad de México.

Las pretensiones de imparcialidad a que alude Rivera Cambas en su obra están muy relacionadas con asentar la verdad de los acontecimientos, lo cual, como ya sabemos, fue una enorme preocupación durante el siglo XIX. Para él, como para muchos más, el seguimiento de un método podía garantizar este objetivo. Al igual que en el caso de su concepto de la historia, aseverar que recibió la influencia de la escuela erudita es muy aventurado, lo que no invalida la probabilidad de que sí tuvo conocimiento de sus propuestas metodológicas.

Como ya habíamos comentado más arriba, don Manuel recopiló un considerable número de documentos durante la intervención francesa y el gobierno imperial. Básicamente sus fuentes fueron primarias, pues explotó al máximo la información registrada en documentos privados y oficiales, entre los que se encuentran misivas, circulares y artículos periodísticos, sin olvidar los textos escritos tanto por vencedores como por vencidos. Él mismo manifiesta en la introducción al segundo tomo que consultó para esta época:

obras de mérito, como la de Mr. Gaulot, en que está mucha parte de la correspondencia entre Bazaine y Napoleón III; los opúsculos más notables referentes a la época, la correspondencia oficial del señor Matías Romero, representante del gobierno republicano en Washington; las crónicas del señor José M. Iglesias, en las que se ve todo lo que hacía y pensaba el grupo trashumante que llevaba la bandera de la República. Los periódicos de la época y todo lo que se escribió.¹⁴

De las obras de los vencidos revisó *Elevación y caída de Maximiliano*, de Keratry; *Intervención en México*, de Duvernois; *Los recuerdos de*

¹³ *Ibid.*, t. II, p. 35.

¹⁴ *Ibid.*, t. II, p. 20.

un oficial del emperador Maximiliano, escrita por Alberto Hans; *Maximiliano y México*, de Carlos Hericault, y los manifiestos de Márquez y Zuloaga. Mientras que por el lado de los vencedores menciona, aparte de Iglesias, los *Apuntes* de Epitacio Huerta.

En particular, la fuente hemerográfica jugó un papel muy importante en su obra, a lo que se suma la observación directa. En efecto, haber sido testigo ocular de la mayoría de los acontecimientos que registra le permitió realizar un estudio más enriquecedor al plasmar las experiencias, así como más completo, pues vivió de cerca hechos como los candentes debates en la prensa entre republicanos y monarquistas.

Rivera Cambas describió con minuciosidad los sucesos más trascendentales, y en muchas ocasiones, para certificar la autenticidad de la narración, incluyó citas textuales que, sin olvidar mencionar el nombre de su autor o su procedencia, en la mayor parte de los casos fueron declaraciones periodísticas. Inclusive, usa el aparato crítico para insertar textos completos. Si bien en la obra no contrapone la opinión de dos fuentes, es evidente que debió hacer una selección y un estudio previos de la información que éstas presentaban antes de asentar la veracidad de determinado hecho.

Cabe subrayar que más que un recopilador y narrador de sucesos históricos que conforman un periodo, el historiador veracruzano buscó la profundidad y el análisis al tiempo que la interpretación; de ahí que la obra siga un hilo conductor que consiste en explicar las intervenciones extranjeras en México. Esta exigencia en la exposición histórica nos permite comprender su estilo literario serio, conciso y sobrio, cualidades que no se oponen a la claridad en la redacción. Aun más, es tan característica su forma de escribir que cuando llega a presentar descripciones con resabios románticos pareciera que las copió de otro autor, sin declararlo. Un claro ejemplo de este tipo de párrafos es el que reseña la toma de decisión de Maximiliano de venir a México:

Dominaba en el espíritu de Maximiliano, el abatimiento que sigue a las grandes crisis y a las resoluciones violentas; en él la ambición era solamente una pasión de circunstancias, esfuerzo pasajero de un espíritu ansioso de dulces emociones. Sentíase ligado a aquel palacio y sus jardines, a aquel sitio acariciado por las olas del golfo de Trieste, testigos de sus más dichosas épocas.¹⁵

Además, como parte de su afán por ser imparcial y colocar en su justo lugar las acciones tanto de republicanos como de monarquistas, casi siempre habló, a lo largo del texto, en forma impersonal; al grado

¹⁵ *Ibid.*, t. II, p. 593.

que hubo ocasiones que al expresar el pensamiento y sentir de los habitantes de México ante las intervenciones dice: “los mexicanos” y no “nosotros los mexicanos”. Esta forma de ser, esta manera de escribir, probablemente, da cuenta de su formación técnica y científica como ingeniero, quien observa los fenómenos físicos desde afuera.

SU VISIÓN DEL MÉXICO DECIMONÓNICO

Como ya habíamos señalado líneas atrás, nuestro autor fincó la vulnerabilidad de México ante el exterior en la discordia provocada por los dos proyectos de nación: el republicano y el monarquista. En torno a esta concepción girará la narración e interpretación de los hechos. Por lo tanto insiste, una y otra vez, sobre la permanente y difícil disyuntiva que prevaleció en ambos programas en torno a qué forma de gobierno adoptar que garantizara la paz y la prosperidad. De tal forma que explicaciones como la siguiente son constantes en el texto:

... a primera vista, no quedaba para los mexicanos otro dilema que éste: o perder las instituciones republicanas, al menos por algún tiempo, para fundar una monarquía con el auxilio de la Europa y constituir un gobierno fuerte y poderoso, o resolverse a que los Estados Unidos se apoderaran más o menos pronto del país. Ambos males eran terribles; en ellos se jugaba o la libertad o la independencia de la Patria. Los monarquistas sostenían que el mal venido de la Europa sería pasajero, y que solamente haría perder por algún tiempo la libertad; pero el proveniente de los Estados Unidos, ¿quién lo combatiría? La invasión norteamericana traería la libertad, la República federal, el poder, los recursos, todo lo que ambicionaba la gran masa de ciudadanos, y aunque esos bienes los traerían los norteamericanos solamente para ellos y los suyos, ya en el solo hecho de poseerlos formaban un pueblo invencible.¹⁶

Por otra parte, también asienta los argumentos de los republicanos para rechazar la monarquía, pues “que el estado natural de México no era la monarquía, lo demostraba, según los republicanos, el hecho de haber desaparecido ésta con Iturbide, bajo los mejores auspicios posibles en nuestra nación”.¹⁷

Sin embargo, deja bien claro que la separación de Texas y la guerra con Estados Unidos fueron “siempre un argumento para los monarquistas mexicanos”,¹⁸ ya que se convirtieron en los sucesos más drásticos

¹⁶ *Ibid.*, t. x, p. 48.

¹⁷ *Ibid.*, t. i, p. 143.

¹⁸ *Ibid.*, t. i, p. 45.

que los convencieron en la búsqueda de un monarca extranjero para remediar los males nacionales.

Si bien tenemos que reconocer que los propósitos de imparcialidad que se impuso Rivera fueron casi logrados, es evidente que entre líneas dejó plasmado su repudio a la intervención extranjera y a la promoción que de ella hizo el partido monarquista. No cabe duda que un sentimiento patriota y una firme convicción liberal en el derecho y la libertad tanto de los hombres como de las naciones motivaban estos asomos. Tales lineamientos los podemos observar cuando enfatizó:

La intervención europea en México no estaba conforme con los principios del derecho internacional; ninguna nación tenía razón para mezclarse en negocios interiores de un Estado soberano, único poseedor del derecho legal y legítimo para arreglar a su talante la constitución y sus relaciones con los otros gobiernos. La República mexicana jamás consagró la intervención europea en su ley fundamental, ni estipuló en sus tratados con las potencias europeas el derecho de intervenir en los cambios que quisiera establecer conforme a sus necesidades e intereses. Ni Francia, Inglaterra o España tenían contraída obligación alguna respecto a mantener en México tal o cual orden de cosas.¹⁹

Con el mismo tono, al referir los acontecimientos en los campos de batalla y la desolación que quedaba después de suscitarse un enfrentamiento, don Manuel demostró que la paz tan anhelada nunca se consolidó ni durante la invasión francesa ni cuando se instaló el gobierno imperial, porque, en realidad, lo que sucedió fue que corrieron “arroyos de sangre humana”.²⁰

No negó en su relato que un considerable número de mexicanos recibió y aceptó con beneplácito y esperanza a los emperadores, ni tampoco desconoció algunos aciertos en la política imperial; pero más que nada señaló, cuantas veces pudo, los errores en que incurrió Maximiliano:

Desde que arribó Maximiliano al territorio mexicano, se formó aquí un verdadero partido imperialista, sincero y entusiasta, seducido por las dotes personales de los emperadores, y se creyó por algunos en aquellos momentos, que el Imperio, cuya perspectiva se presentaba difícil y peligrosa, tenía probabilidades serias para el porvenir; entonces se le adhirieron porción de personas que consideraban lo que pasaba como un suceso inesperado. Pero la oportunidad no fue aprovechada; el carácter indeciso de Maximiliano le forzaba a no atreverse a lo que deseaba, y cometió

¹⁹ *Ibid.*, t. I, p. 370.

²⁰ *Ibid.*, t. III, p. 9.

muchas faltas por haberse creído sentado en un trono europeo; no pudo estudiar la cuestión del presupuesto, sino bajo la acción del espejismo que le había deslumbrado desde su palacio de Miramar, juzgó bastante para conquistar un reino, armarse con el *Boletín* de las leyes, más bien que con la espada y antes que presentarse imponiéndose, se dirigió a los corazones; el Imperio quiso abarcarlo todo en un día y se atrofió por falta de fuerzas de concentración.²¹

Entre otros errores también refirió el rompimiento del príncipe austriaco con el partido que lo había elevado al trono tras proclamar medidas liberales o su distanciamiento con los franceses, hechos que en su conjunto no sólo provocaron la caída imperial sino también su fusilamiento.

Por último, cabe insistir que si las intenciones de Rivera se centraron en integrar y describir con la misma minuciosidad las acciones de republicanos y monarquistas, de igual forma su interés giró en enfocar lo que acontecía en México sin perder de vista el contexto internacional que influyó, según su concepción, en el trágico desenlace para los monarquistas. Por lo tanto, no podían faltar constantes alusiones a la política de Estados Unidos al respecto. Por ejemplo, asegura que:

La política del gobierno de los Estados Unidos, consistió en no hacer la guerra con las armas al Imperio de Maximiliano y en alentar a los que la sostenían, asegurando que nunca tendría el Imperio el apoyo moral de un reconocimiento. Para fortalecer esa política, no solamente fue nombrado un ministro cerca de Juárez, sino que fue escogido para este cargo, uno de los militares que con mayor franqueza publicaron su ardiente deseo de que los Estados Unidos intervinieran directa y activamente en favor de Juárez.²²

En suma, la larga exposición que Rivera Cambas presentó sobre las intervenciones norteamericana y europea y el imperio de Maximiliano le permitió concluir que la forma de gobierno que podía con solidar la libertad, la paz y la prosperidad de México era la republicana.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Como muchos otros escritores, Manuel Rivera Cambas es poco conocido en el medio historiográfico. Si unos cuantos han recurrido a su obra como fuente de consulta, menos son los que se han preocupado por

²¹ *Ibid.*, t. II, p. 632-633.

²² *Ibid.*, t. III, p. 12.

estudiar a profundidad su vida, sus sentimientos y concepciones, así como su forma de confeccionar la historia. La causa de tan tremenda omisión se debe, según Martín Quirarte, uno de sus contados estudiosos, a que “Rivera Cambas ha sido víctima de los creadores de leyendas y mitos”;²³ en particular acusa a Artemio de Valle Arizpe de mitificar y, por ende, haber deformado la historia de su vida y su obra. Así, por ejemplo, Valle Arizpe sostuvo con toda seguridad que don Manuel era plaguario, pues, a su parecer, sólo copiaba lo que otros decían:

En su casa, ¡oh dichoso varón!, no tenía ni un solo libro y todo el día estaba en la Biblioteca Nacional que disfrutaba como suya; pero urgido por los preciosos apremios de publicar las semanales entregas, no hacía ningunos estudios ni investigaciones especiales, pues ¿para qué perder el tiempo que para él era constante dinero, si ahí estaban al alcance de su mano los buenos libros de otras gentes que ya habían investigado y estudiado perfectamente y con gran competencia lo que a él le interesaba saber? Y así, con toda tranquilidad, como cronista real, entraba con el mayor desenfado en los bienes ajenos.²⁴

Es probable que afirmaciones de este tipo, emitidas en la década de los veinte, opacaran la labor historiográfica de nuestro autor. No fue hasta los años sesenta que Leonardo Pasquel Jiménez y Jorge Denegre Vaught, al reeditar la *Historia de la intervención norteamericana y europea en México y del imperio de Maximiliano*, hicieron un esbozo de su vida y, sobre todo, revaloraron su trabajo en el campo de la historia. A finales de esa misma década, Quirarte llamó la atención sobre el descuido en que había caído el análisis del texto e insistió en sus atributos:

Esta obra histórica no ha tenido hasta la fecha un comentarista que haya hecho una apreciación que corresponda a sus méritos. Rivera Cambas sin tener las cualidades críticas de un Justo Sierra, ni la profundidad sociológica de Carlos Pereyra da, sin embargo, la visión más amplia sobre los acontecimientos del Segundo Imperio.²⁵

Coincidimos totalmente con don Martín. Hoy, a mediados de los noventa y a un siglo de que se editara el último tomo de su monumental *Historia de la intervención* (1895), don Manuel Rivera Cambas todavía sigue esperando el rescate y la justa evaluación no sólo de esta obra y de toda su producción historiográfica sino también de su cotidiano combate a través de las planas del periodismo.

²³ M. Quirarte, *op. cit.*, p. 133.

²⁴ *Cit. pos.* M. Quirarte, *op. cit.*, p. 133.

²⁵ *Ibid.*, p. 136.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS